

ESTADOS UNIDOS Y LA INICIATIVA DE DEFENSA ESTRATEGICA: ¿BUSQUEDA DE LA PREPONDERANCIA ESTRATEGICA?

VÍCTOR HUGO GARCÍA VALENZUELA*

RESUMEN

En este trabajo se describe la propuesta estadounidense de los ochentas respecto a su defensa estratégica, se exponen los argumentos en pro y en contra de la iniciativa y, muy especialmente, el autor analiza sus implicancias, tanto en el ámbito de su real efectividad como en las consecuencias que se derivan para la relación estratégica con la URSS, considerando el impacto sobre los acuerdos de control de armamentos existentes entre las superpotencias.

Palabras claves: Superpotencias, defensa estratégica, control de armamentos.

ABSTRACT

In this work the American proposal of the 80 as regards its strategic defense is examined, the arguments for and against of this initiative are presented, and specifically the author analyses its implications both as regards its real viability, as in the consequences for its strategic relationship with the USSR, considering its impact on the arms control agreements between the Superpowers.

Keywords: Superpowers, strategic defense, arms control.

En su búsqueda de la definitiva preponderancia estratégica Estados Unidos reinició durante la gestión del Presidente George W. Bush la ofensiva para hacer realidad el llamado Escudo Antimisiles¹. Lo anterior significaba persistir en la idea de crear un sistema de alta tecnología (sistemas computacionales, radares y misiles) con la finalidad de destruir misiles dirigidos contra la nación estadounidense. El planteamiento fue postulado en los años ochenta por el entonces Presidente Ronald Reagan. Al proyecto, la Iniciativa de Defensa Estratégica, se le denominó popularmente Guerra de las Galaxias y después de varios ensayos fue congelado.

En el trabajo que presentamos describiremos la propuesta estadounidense de los ochenta, expondremos los argumentos en pro y en contra de la iniciativa y, muy especialmente, analizaremos las implicancias de la iniciativa, tanto en el ámbito de su real efectividad como en las consecuencias que se derivaban para la relación estratégica con la Unión Soviética y el impacto sobre los acuerdos de control de armamentos existentes entre las superpotencias.

* Profesor de Historia Universal Contemporánea y Actualidad Internacional en el Departamento de Ciencias Históricas y Sociales de la Universidad de Concepción.

¹ Ante la oposición a la instalación de nuevas armas nucleares en Europa, el gobierno Reagan planteó la idea de crear un sistema instalado en tierra y aire que imposibilitara la entrada de cualquier arma en vuelo.

El factor clave en el nuevo esquema planteado por Estados Unidos al iniciar la década de 1980 era la decisión de implementar la Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI, Strategic Defence Initiative) o Programa de Guerra de las Galaxias (Star War)², como fue conocida popularmente, sistema defensivo que pretendía destruir misiles, en el espacio, con rayos láser y otros tipos de armas, antes de que éstos pudiesen hacer blanco³. Para el general Abrahamson, director de la SDI, “la idea central era la de convertir los misiles nucleares balísticos en impotentes y anticuados”. El punto era de primordial relevancia para los soviéticos, dado el desigual desarrollo que presentaban en esta materia⁴, pues necesitaban de la tecnología occidental para implementarlo, siendo su estrategia, en adelante, conseguir la prohibición de instalar armas defensivas en el espacio y tratar de incluir el punto en la agenda de negociaciones⁵. Así llegaba al clímax la carrera tecnológica iniciada por las superpotencias desde 1951, cuando los soviéticos logran acceder al poder nuclear⁶. La idea podía ser catalogada como la búsqueda final de tecnologías que fueran capaces de desarrollar un sistema defensivo contra un ataque nuclear.

La propuesta del mandatario estadounidense implicaba varios elementos, los que en un primer momento no fueron lo suficientemente sopesados: era un programa de largo plazo, muchos de los componentes sólo estaban en el nivel de la investigación o la especulación teórica y la impresionante cantidad de dólares que significaba su implementación. Lo concreto era que con la iniciativa pasaban a un segundo plano los sistemas de misiles antimisiles o ABM, tal como se les conocía hasta entonces, intentando Estados Unidos obtener ventajas sobre la Unión Soviética vía implementación de un escudo protector, haciéndose con ello innecesario competir en armamento ofensivo, en concreto en el área de los ICBM. En este sentido, no era la primera propuesta de defensa antimisiles, la diferencia radica en que se la presentaba como el sistema definitivo.

La Iniciativa de Defensa Estratégica consideraba la posibilidad de utilizar distintos tipos de armamentos en el espacio, con el objetivo ya señalado, encontrándose entre las más características las armas de haces de partículas, las armas láser y las armas de energía cinética (por choque). Los haces de partículas adquieren una velocidad aproximadamente igual al de la luz –300.000 kilómetros por segundo –conservando hasta el final su energía inicial; sin embargo, su implementación en el espacio requiere largas investigaciones y superar una serie de obstáculos tecnológicos, entre otros, la instalación en órbita de electroimanes. El láser, energía acumulada en un rayo que se desplaza a la velocidad de la luz (298.080 kilómetros por segundo), es el que tiene mayores posibilidades para ser utilizado con fines bélicos, existiendo diferentes fuentes para generarlos, entre otros los químicos (MIRACL), los de electrones (FEL) y los rayos X; en la posibilidad de rayos láser, su implementación hacía necesaria la instalación orbital de espejos reflectores que sirvieran para desviar los láser enviados desde Tierra hacia un objetivo determinado y, de ser posible, su efectividad sería casi completa ya que en el espacio no existirían obstáculos para interceptarlos, actuando libremente sobre los satélites o naves tripuladas. Las armas cinéticas involucran dos tipos, los cañones electromagnéticos (Railgun) y proyectiles cohete lanzados desde satélites, en el esquema de la SDI estaba prevista su entrada en acción en la segunda fase de intercepción, cuando los cohetes ya se han desprendido de la ojiva.

La militarización del espacio recibió un fuerte impulso con la introducción de los vehículos espaciales recuperables. En marzo de 1981 Estados Unidos inauguraba la nueva fase con el transbordador Columbia y entre las operaciones militares asignadas hasta 1985 se contaban la colocación de satélites militares, instalación de armamentos antisatélites y pruebas con nuevos armamentos. En cuanto rayos láser, las experimentaciones

² En marzo de 1983, Reagan anunciaba el Proyecto o Iniciativa de Defensa Estratégica en los momentos más candentes de la pugna con la URSS respecto de la carrera armamentista y los intentos por lograr acuerdos de limitación de armamentos.

³ Respecto de la viabilidad del proyecto, de sus ventajas y desventajas, véase G. Bundy, George Kennan, Robert Mc Namara y G. Smith, “The President Choice: Star War Or Arms Control”, *Foreign Affairs*, V. 63, N° 2, 1984-1985. En una visión crítica respecto de la efectividad de la misma, véase W. Burrows, “Ballistic Missile Defense: The Illusion of Security”, *Foreign Affairs*, V. 62, N° 4, 1984.

⁴ La Unión Soviética, desde años, se encontraba trabajando en un proyecto similar, pero la falta de recursos fue estancando la iniciativa; también había desarrollado armas espaciales antisatelitales capaces de destruir los satélites espías y, en un hipotético ataque nuclear, dejar a Estados Unidos absolutamente imposibilitado en comunicaciones satelitales. En esta materia, Estados Unidos recién estaba iniciando las experimentaciones. Una excelente aproximación a las implicancias de la SDI en Libardo Buitrago, “La Guerra de las Galaxias: Desafíos tecnológicos y estratégicos”, *Política*, N° 14, 1987, páginas 59-85.

⁵ Concretamente, Chernenko planteó las aspiraciones soviéticas en septiembre de 1984, señalando que las negociaciones sobre armas defensivas en el espacio debían anteceder las negociaciones sobre armas ofensivas; que antes de iniciar cualquier negociación sería, Estados Unidos debía comprometerse primero a desmilitarizar el espacio; por último, planteó que los estadounidenses debían apoyar la suspensión de las pruebas de armas espaciales. Para mayores detalles, véase el planteamiento de Henry Kissinger, “Defensa Antimisiles. Un enfoque positivo”, *Ercilla*, 26 de septiembre de 1984.

⁶ También se reiniciaba en toda su magnitud la carrera por la militarización del espacio, iniciada en 1958 al lanzar los estadounidenses el Discoverer, mientras que las pruebas de armas antisatélites las iniciarían en 1966.

con los MIRACL se habían iniciado en el gobierno de Carter con el Proyecto Alpha de 1978, el cual se insertó posteriormente en la SDI como sistema de defensa antimisiles⁷.

De las palabras a los hechos y a mediados de 1984 Estados Unidos realiza la primera prueba de efectividad de las armas de impacto directo, sin carga explosiva, logrando destruir en el espacio el misil balístico de prueba. Entre los componentes del arsenal que implicaba la SDI ya se estaban probando instalaciones experimentales para las armas láser, químicas y de electrones, estas últimas se estaban implementando en el Laboratorio Nacional de Los Alamos⁸. Para las armas de energía cinética ya se había probado la efectividad del disparo de un cañón electromagnético y armas para interceptar satélites o sensores orbitales en general, destacando la llamada cabeza de varillas HOE. Para enero de 1985 el transbordador Discovery experimentaba con redes de satélites militares de comunicación. Continuando en esta línea, el transbordador Discovery, a mediados de 1985, desplegaba un espejo en uno de sus costados para poder medir los efectos del rayo láser en la atmósfera y ello en atención a que una de las grandes dudas era la efectividad real del rayo en el espacio.

Los mayores inconvenientes para implementar la SDI decían relación con la energía necesaria para implementarlas, por ejemplo en el sistema de láser: "... para conseguir destruir mediante el sistema de láseres en tierra y 'espejos de batalla' a 1.400 misiles (los soviéticos disponían en esos momentos de, más o menos, esa cantidad) se precisaría suministrar a las 'baterías' lásericas terrestres energía eléctrica equivalente a más de 300 centrales eléctricas. En términos porcentuales, esa cantidad sería más del sesenta por ciento de las que actualmente producen todos los Estados Unidos y, por si fuera poco, no podría almacenarse previamente ni ser extraída de la red normal. Habría incluso que construir las centrales. Como propuesta, lo menos que puede decirse es que no es barata"⁹. El mismo dilema se presentaba para las armas de energía cinética, en donde se necesitaba crear impulsos electromagnéticos 3.000 % más veloces que el sonido.

Otro inconveniente serio para llevar a la práctica la iniciativa, aparte por supuesto de las siderales cantidades de dólares, decía relación con los sistemas computacionales necesarios para coordinar los distintos componentes, entre sí y con el comando central. "La programación de un sistema tal ocuparía 10 millones de líneas de instrucción, lo que equivaldría, en términos años-hombres, a más de 80.000; es decir, al trabajo de 8.000 analistas-programadores durante diez años. Las posibilidades de errores de programación, en la mayoría de los casos no descubribles hasta las pruebas reales del sistema global, son evidentemente enormes"¹⁰.

De entre los aliados era Japón el más entusiasta partidario de la Iniciativa de Defensa Estratégica, decidiendo el gobierno japonés, el 8 de noviembre de 1983, establecer acuerdos para la "Provisión de Tecnología de Armamentos a Estados Unidos", lo que significaba la participación de científicos e ingenieros japoneses en la investigación y el desarrollo militar. En 1986 el Primer Ministro Yasuhiro Nakasone (1982-1987) declaró la participación oficial en el proyecto y recalca el rol de la tecnología como un medio para contener el peligro que significaba la Unión Soviética. El interés de Japón aparece más bien vinculado con los beneficios tecnológicos que se pudieran obtener, descartando las derivaciones militares implícitas que, por ejemplo, entraban en conflicto con la resolución parlamentaria de 1969, en la que se prohibía la explotación militar de los esfuerzos que en materia espacial desarrollaba Japón¹¹.

Para la Unión Soviética la Iniciativa de Defensa Estratégica constituía una violación al acuerdo ABM¹² firmado en 1972, el cual sólo permitía la instalación de un sistema defensivo con base terrestre, sin embargo, lo que la jerarquía no reconocía era que el Estado soviético desde tiempo venía desarrollando investigaciones en

⁷ Con este tipo de láser hasta el año 1994 se habían efectuado once disparos de prueba en tierra.

⁸ Los experimentos sólo se habían realizado en tierra aunque incluyendo espejos reflectantes y en ellas se pudo destruir el fuselaje de un misil Titán. Igualmente se estaba probando un láser aire-aire al instalarse un laboratorio de láser en un avión KC-135.

⁹ "Armamentismo, Arsenal de las Galaxias", Ob. cit., página 55.

¹⁰ *Ibid.*, página 56.

¹¹ "El secretario del jefe de gabinete, Masaharu Gotoda, defendió la iniciativa contra las críticas provenientes del interior del país según las cuales se había violado el compromiso con la paz consagrado por la Constitución japonesa, al decir que tenía la esperanza de que el sistema estratégico pudiera eliminar todas las armas nucleares": "Japón se suma a la 'Guerra de las Galaxias' de EE.UU. *La Nación*, miércoles 10 de septiembre de 1986. Por supuesto, China tampoco se encontraba indiferente ante la nueva realidad y sus analistas militares trataban de visualizar las posibles consecuencias que para el gigante asiático traería la IDE; para mayores detalles al respecto, véase Glaser Bonnie y Banning Garrelt, "Perspectivas chinas sobre la Iniciativa de Defensa Estratégica", *Problemas Internacionales*, V. XXXV, 1986, páginas 29-45.

¹² El acuerdo ABM de 1972 es uno de los documentos firmados por los presidentes Richard Nixon y Leonid Brezhnev en un intento por reglamentar la carrera armamentista nuclear de las dos superpotencias y luego que la URSS, tras un rearme colosal, lograra prácticamente la igualdad estratégica con EE.UU.

este campo, el cual paulatinamente se fue estancando por falta de financiamiento adecuado. El nuevo esquema les obligaría a retomar la iniciativa, tal como lo reconocía más tarde el jefe del Estado Mayor y vicepresidente de la Defensa, Sergei Akhromeyev, al señalar que la Unión Soviética no aceptaría un monopolio militar en el espacio por parte de Estados Unidos.

En esta materia la polémica central tuvo como protagonista la Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI), propuesta que virtualmente dio vuelta el debate en materia de política de defensa y que le da sentido al segundo periodo (1983-1984) en la primera gestión presidencial de Reagan.

Los críticos de la Iniciativa de Defensa Estratégica indicaban que los avances tecnológicos necesarios para impulsarla sólo eran, en la mayoría de los casos, planteamientos teóricos e insistían en el largo plazo que implicaba concretar los mismos. "Durante la primera fase de intercepción, mientras los misiles enemigos aceleran en su salida hacia el espacio exterior¹³, sería necesario disponer, según cálculos muy serios de algunos científicos, de 150 armas láser o de haces de partículas exactamente posicionados (tarea ya de por sí difícil y en la que aún se producen numerosas fallas) para asegurar que al menos una de ellas pudiese estar disponible para interceptar los ICBM en el momento de su lanzamiento. Esa arma ayudada, desde luego, por diversos sensores y satélites de alerta temprana, deberá realizar como mínimo las siguientes operaciones: descubrir los misiles en el instante del despegue, identificarlos como tales (desechando cohetes portadores de satélites u otros vehículos espaciales, misiles de trayectoria atmosférica contra los que no podría actuar, señuelos, etcétera), armar y apuntar las baterías, seguir y calcular las trayectorias de los mismos, calcular el punto de intercepción y disparar, verificar el resultado o los daños causados, eliminar de su memoria los destruidos y averiados, volver a apuntar y disparar sobre los no alcanzados o no dañados en la medida necesaria, cambiar de objetivo si la situación evoluciona (nuevos lanzamientos), comunicar datos totales al siguiente escalón defensivo y al centro de coordinación y volver a prepararse para una nueva acción si dispone de municiones, evaluar éstas y comunicar situación. Y todo ello en el tiempo de seis minutos y medio y sobre más de 1.000 posibles objetivos. Una tarea que, más que un sueño político, parece una pesadilla tecnológica"¹⁴.

En el ámbito técnico, entre los críticos de la SDI destacaban la Union of Concerned Scientists (UCS) y Ashton Carter, quienes redactaron un informe con sus críticas para el Office of Technology Assessment (OTA: Oficina de Evaluación Tecnológica del Congreso). El informe para la OTA lo redactó un grupo de especialistas entre los que destacaban Richard Garwin y el profesor Hans Bethe¹⁵, quienes ya habían participado en el debate originado con motivo del sistema de proyectiles antibalísticos, discutido entre los años 1968-1972 y sus puntos de vista se habían manifestado en un artículo para la revista *Scientific American*.

La crítica de la UCS apuntaba más bien al problema de la implementación del armamento láser que se debía colocar en el espacio para eliminar los misiles intercontinentales soviéticos durante la primera fase del vuelo; en este sentido, las discrepancias con el equipo que trabajaba en Los Alamos era bastante apreciable: para la UCS, el número de estaciones láser de combate necesarias para enfrentar el total de ICBMs de la URSS era de 2.400, mientras que Los Alamos las estimaban en aproximadamente 90¹⁶. Con ello también se generaban apreciables diferencias en las cantidades de dólares necesarias para implementar las estaciones de batalla. Problema aparte era determinar la cantidad necesaria de estaciones de combate para neutralizar el poderío intercontinental de la Unión Soviética, dependiendo ella de una serie de factores, entre los cuales la UCS identificaba los siguientes:

- El número total de misiles intercontinentales de la URSS (la UCS calculaba para 1984 en 1.400 ese número).
- La duración de la fase de elevación de tensión (se calculaba en 100 segundos).
- La distancia promedio entre la estación de batalla y el elevador de tensión (aproximadamente 3.000 kilómetros).
- La distribución de los silos.
- La distribución de los satélites en órbita.
- El tiempo de "perseguir y descubrir" necesario para pasar el rayo láser de un blanco a otro¹⁷.

¹³ Para el caso de los misiles balísticos intercontinentales la velocidad de despegue es de 24.000 kilómetros por hora.

¹⁴ Lend Ackland y Steven Mc Guire, "Assesing the Nuclear Age". *Selections from the Bulletin of the Atomic Scientists*, Chicago, 1986, página 157.

¹⁵ Profesor Emérito de física en la Universidad Cornell y Premio Nobel de Física en 1967. Fue jefe de la División Teórica del Laboratorio de Los Alamos durante la Segunda Guerra Mundial.

¹⁶ En una demostración clara de lo experimental que era el proyecto SDI y la carencia de referentes en un sistema de armamentos de tales características, la UCS corrigió posteriormente sus estimaciones en relación con las estaciones de batalla.

¹⁷ "Space-Based Missile Defense". Cambridge, Massachusetts, Union of Concerned Scientists, marzo de 1984. Citadas por Lend Ackland y Steven Mc Guire, Ob. cit. página 186.

En el esquema planteado resaltaba también la indefensión en que se encontrarían los satélites de batalla, primordiales en la fase inicial según los planes en que se sustentaba la Iniciativa de Defensa Estratégica. A diferencia de las plataformas de lanzamiento, que se podrían destruir durante sólo cerca de un minuto en un tiempo impredecible, los satélites de batalla se encontrarían en sitios y en órbitas predecibles. Por consiguiente, estas máquinas, que cuestan miles de millones de dólares, serían fácilmente destruidas por láser basado en tierra o por algo tan sencillo como una nube de pequeñas bolas de metal colocada en una órbita contra-rotatoria.

Otra crítica relevante en el aspecto técnico se relacionaba con las posibilidades soviéticas para vulnerar el sistema propuesto, mencionando las siguientes opciones: aumentar el número de sus ICBMs, desplegar blancos falsos que imitaran al ICBM en su fase inicial, concentrar en un área los silos y disminuir el tiempo empleado en la fase inicial de vuelo, todas ellas posibilidades perfectamente posibles. Estas críticas no sólo eran resaltadas por opositores tan abiertos como la UCS y la OTA, sino que también eran mencionadas por entendidos que no pueden ser catalogados como hostiles al gobierno republicano y entre ellos se encontraban Mc George Bundy, George Kennan, Robert Mc Namara y Gerard Smith, para quienes "la inevitable reacción soviética es cuidadosamente olvidada por el secretario Weinberger cuando arguye, en defensa de la Guerra de las Galaxias, que los escépticos de hoy están tan equivocados como los que dijeron que nunca podríamos llegar a la Luna. El esfuerzo por llegar a la Luna no fue complicado por la presencia de un adversario. Un pelotón de hombres de la Luna hostiles, con hachas, habría podido convertirlo en un desastre"¹⁸. Coincidimos plenamente con las posibilidades aquí mencionadas, pero también señalaremos que la adopción de la SDI necesariamente obligaría en un mayor esfuerzo bélico por parte del afectado, si es que no tenía que reorientar las potencialidades de su armamento.

El argumento de mayor peso esgrimido por los adversarios del proyecto era que el sistema no garantizaba una protección plena contra un ataque con misiles intercontinentales, ya que sería virtualmente imposible garantizar la destrucción del cien por ciento de los misiles lanzados por el enemigo y con que pasara uno el daño político, material y estratégico sería evidente. Inclusive en 1994 persistía con fuerza dicha crítica y, por ejemplo, para John Pike, miembro de la Federación de Científicos Estadounidenses: "Los interceptores emplazados en tierra son mejores para neutralizar misiles de corto alcance y los láser espaciales serían, en el mejor de los casos, una defensa imperfecta contra un ataque concertado de misiles de largo alcance"¹⁹.

Para los defensores de la Iniciativa todo nuevo sistema de armamentos requería tiempo y que técnicas que parecían imposibles ya en ese momento eran de uso cotidiano, que más valía implementar el proyecto y obtener así una ventaja que la Unión Soviética no se encontraba en condiciones de contrarrestar y por último, en función de la técnica del póquer, se podía alardear con ella y causar serias preocupaciones en la URSS con el sólo hecho de implementarla oficialmente. En esta línea argumental se insertaba el secretario de la Defensa, siendo rebatido por el secretario de Estado, para quien virtualmente todas las posiciones del primero, en lo que a armamentos se refiere, tenían siempre el efecto de crear obstáculos para lograr acuerdos en vez de superarlos. Quizás lo que no entendía Shultz era la psicología de Weinberger, para quien el *homo sovieticus* era por esencia poco confiable²⁰.

En el área científica los defensores más connotados de la SDI eran Robert Jastrow y Edward Teller. El primero se encargó de rebatir los argumentos esgrimidos por la Union of Concerned Scientists y el Office of Technology Assessment en un artículo publicado en *Commentary* de diciembre de 1984.

Mención aparte merece la polémica desatada entre las dos superpotencias respecto de la militarización del espacio, enfrentándose en foros internacionales relacionados con el tema, como la conferencia de Unispace en 1982, o en forma directa. Para Estados Unidos, la URSS ya había desarrollado armas antisatélites y se encontraba experimentando para desarrollar estaciones orbitales armadas; James Beggs, administrador de la NASA y representante norteamericano ante la comisión de desarme de las Naciones Unidas, señalaba, en el año mencionado, que sólo se había ensayado un sistema de armas para la guerra en órbita y el ensayo había corrido por cuenta de la Unión Soviética.

La posición más agresiva u ofensiva en el sistema político estadounidense será liderada por la Oficina del Contralor General, un organismo de investigación del Congreso, quien aparecía presionando al Departamento de la Defensa para la instalación de armamento láser en el espacio; es más, decididamente acusaba al Pen-

¹⁸ George Bundy, George Kennan, Robert Mc Namara y Gerard Smith, Ob cit., página 267.

¹⁹ "Láser Espacial se halla listo para ser probado", *El Mercurio*, 8 de diciembre de 1994.

²⁰ Nuevamente se manifestaba la pugna existente entre el Departamento de Estado y el Pentágono respecto de las prioridades militares del último y las necesarias estrategias de entendimiento diplomático, propiciadas por el primero.

tágono de reaccionar con lentitud en estas materias y solicitaba la creación de una Fuerza Espacial, nueva rama para las Fuerzas Armadas: "Los Estados Unidos estudian las tecnologías que involucran sistemas para generar y controlar rayos láser, partículas y rayos microondas, que podrían revolucionar la estrategia, tácticas y doctrinas militares²¹. Creemos que la cita, de un informe de la Oficina del Contralor, refleja con meridiana claridad el impacto de los nuevos armamentos que se estaban estudiando y resaltaba más todavía el rol de la tecnología en los mismos, panorama que ya había sido asumido oficialmente por el Departamento de Defensa y para Edward Aldrige, vicesecretario de la fuerza aérea, "... nuestros sistemas espaciales estaban diseñados para operar en un ambiente benigno y no hostil. Se prestaba poca atención a las exigencias de supervivencia en tiempos de guerra o a una mayor injerencia de los militares en el apoyo espacial"²².

La situación descrita fue rápidamente asumida por la dirigencia estadounidense relacionada con la defensa y el primer vehículo espacial recuperable, la astronave Columbia, lanzado en marzo de 1981, tenía claramente especificado el uso militar que se le daría en adelante. "Nueve de las 44 misiones proyectadas para este ingenio hasta septiembre de 1985 serán utilizadas exclusivamente por el Departamento de Defensa norteamericano, para:

- Colocar en órbita satélites militares de una manera más barata y eficiente que con los lanzamientos desde tierra.
- Capturar, destruir o estropear satélites enemigos.
- Transportar armas nucleares virtualmente inmunes a los ataques.
- Transportar personal y materiales para fabricar armas tales como rayos láser de alto poder"²³.

En materia de financiamiento, el presupuesto solicitado para la SDI, necesario para los primeros cinco años, involucraba 26.000 millones de dólares y ello básicamente para la etapa de experimentación y desarrollo, asunto aparte era la implementación propiamente tal de los sistemas involucrados en la Iniciativa de Defensa Estratégica. A modo de ejemplo digamos que para el año 1994 los cálculos que se hacían para desarrollar y desplegar una docena de estaciones espaciales de rayos láser significaban 50.000 millones de dólares. En términos más concretos, la NASA, para el año 1983 había solicitado 14.700 millones de dólares para implementar una estación espacial tripulada y de carácter permanente que operaría en conjunto con los transbordadores.

Con estos elementos como referentes podemos señalar que el financiamiento del nuevo sistema, en el ejemplo dado, significa invertir el 70 % del presupuesto promedio que asignaba Estados Unidos para la construcción de cabezas nucleares. Obviando la efectividad real del sistema, evidentemente sus costos eran elevados, pero no podemos desconocer que todo sistema en su etapa de experimentación requiere alta inversión, la que se ve ampliamente recompensada cuando éste se encuentra en funcionamiento; significaba también que, una vez implementado, Estados Unidos ya no se vería obligado en la construcción de grandes cantidades de armamento nuclear, pudiendo rebajar considerablemente la inversión en dicho ítem.

Uno de los grandes dilemas para el sistema de misiles intercontinentales era y es su protección, la vulnerabilidad al ataque enemigo, no encontrándose respuestas sólidas en la dirigencia estadounidense hasta que se propuso la Iniciativa de Defensa Estratégica. Tanto el Congreso como los especialistas nominados por el Ejecutivo se enfrentaban al dilema sin encontrar respuestas, sólo la estrategia del llamado paquete denso²⁴ parecía tener algo de asidero, frente a las propuestas que el servicio de investigación del Congreso planteaba²⁵.

Para Turner nunca existirá un sistemas de armas totalmente invulnerable, debiéndose privilegiar la seguridad para así evitar que la Unión Soviética pudiese aniquilar las fuerzas nucleares norteamericanas en un corto período. Ello sólo podría lograrse si la capacidad nuclear estadounidense se concentraba en los bombarderos, los submarinos nucleares y los misiles crucero, dejando en un lugar muy secundario los misiles con base terrestre. "Los bombarderos tienen cierta movilidad, lo cual los pone a salvo de un ataque ante una alarma aérea. Los submarinos son móviles y se ocultan con facilidad en el mar. Incluso, si ocurriera un avance espectacular en la detección de submarinos –y tal avance no se cuenta dentro de las perspectivas–, con certeza que los submarinos seguirán siendo más difíciles de localizar que los misiles de base terrestre o los bombar-

²¹ Citada por *Ercilla*, "La guerra en el espacio", 17 de noviembre de 1982, p. 21.

²² *Ibid.*, página 23.

²³ Michael Kidron y Dan Smith, "Atlas de la guerra. Conflicto armado-paz armada", Ediciones del Serbal, Barcelona, 1984, mapa 12.

²⁴ La idea era colocar los MX tan cerca unos de otros como fuera posible, anulando así los misiles soviéticos disparados en su contra al chocar unos contra otros.

²⁵ Una de las propuestas era colocar los misiles en aviones que permanecerían en vuelo durante largos periodos. Otra alternativa era sumergir los MX en los océanos dentro de tambores especiales durante épocas de tensión, detonándolos por control remoto.

deros. Los misiles crucero son móviles y lo suficientemente pequeños como para ser escondidos, y podemos tener grandes cantidades²⁶. El esquema anterior garantizaría el rompimiento de las defensas soviéticas, ya que la Unión Soviética tendría que levantar defensas contra los misiles balísticos de lanzamiento submarino y defensas antiaéreas contra los bombarderos y los misiles crucero, siendo los últimos bastante pequeños como para ser detectados en un ataque sorpresivo.

De entre las nuevas armas que Reagan pensaba implementar el MX originó una fuerte discusión con dos variables como centro de la misma: si era disuasivo o provocativo y el problema de su protección, lo que llevaba implícita la necesidad de organizar un sistema antimisiles y este último aspecto se tocaba con las limitaciones impuestas por el Tratado ABM de 1972. Para los detractores del MX, entre los más fervorosos Stanfield Turner, más que disuadir el nuevo misil provocaba y se corría el peligro de incitar a la Unión Soviética para usar su poderío nuclear antes de que Estados Unidos equilibrara o superara dicho poder. Por lo demás, la instalación del MX conllevaba el problema de la necesidad de desarrollar un sistema de misiles antibalísticos dada la vulnerabilidad de los misiles intercontinentales con base terrestre. Sin embargo, el Presidente Reagan mantuvo su decisión, argumentando que los misiles eran fundamentales para que Estados Unidos pudiera negociar equitativamente en las conversaciones sobre limitación de armas estratégicas, triunfando, así, sobre quienes consideraban que el MX era muy vulnerable y provocador.

En adelante, el debate en esta materia será prácticamente monopolizado por la Iniciativa de Defensa Estratégica, comenzando por plantearse, en un debate de corte político, si la misma era de carácter ofensivo o defensivo, aunque en realidad esta variable fue de menor importancia, respecto de la polémica sobre la verdadera efectividad de la propuesta como un sistema defensivo. Para los detractores de la SDI el armamento y el sistema en sí eran violatorios del Tratado de Misiles Antibalísticos (ABM) de 1972, el cual prohibía la instalación de armas antimisiles en el espacio y sólo permitía en órbita pruebas con rayo láser de investigación, siempre que éstos no fueran lo suficientemente poderosos como para destruir misiles de largo alcance. Más aún, en contra de lo que señalaban las tesis oficiales, se le calificaba como un sistema con carácter ofensivo, "... semejante sistema tiene mucho más sentido como anexo a una capacidad de primer ataque que como escudo contra un primer ataque. Por causa de su inevitable vulnerabilidad, un sistema del tipo de Guerra de las Galaxias sería bastante fácil de neutralizar al comienzo de un primer ataque bastante bien orquestado. Pero, ante un ataque desorganizado y de represalia, por una víctima no preparada de un ataque por sorpresa, sería más eficaz. Por consiguiente, el sistema de Guerra de las Galaxias tendería a desestabilizar el equilibrio del terror, aumentando las ventajas de un primer ataque. El hecho de que el programa de Guerra de las Galaxias se haya lanzado al mismo tiempo que los Estados Unidos estén lanzándose en una inmensa construcción exactamente de los tipos de cabezas de guerra de proyectiles balísticos de alta precisión que sería de la mayor utilidad en un primer ataque, debe resultar altamente perturbador para los analistas de estrategia soviéticos"²⁷.

En la óptica del Presidente Reagan, lo que estaba planteando con la SDI era una solución estrictamente defensiva del problema nuclear: que predominara la defensa sobre el ataque y que un eficiente sistema defensivo dejara finalmente en un segundo plano el armamento ofensivo; con ello se podría superar el terrible dilema de la Destrucción Mutua Asegurada²⁸ y se podría negociar con fluidez la eliminación del armamento ofensivo, por lo demás el proyecto sólo estaba en el nivel de la investigación. En la teoría estadounidense, cuyo principal inspirador era Paul Nitze, la SDI permitiría tres grandes ventajas (discurso muy insistente hacia fines de 1984 y principios de 1985):

- Se aumenta la seguridad en las dos superpotencias.
- Disminuiría y eliminaría la amenaza de guerra nuclear.
- Se conseguiría un mundo dominado por la defensa.

No tenemos por qué dudar de las intenciones del ex mandatario norteamericano, ni de sus asesores, pero son innegables las implicancias ofensivas que presentaba el sistema inserto en la Iniciativa de Defensa Estratégica y pensemos solamente en las posibilidades que daban el armamento láser y electromagnético. Aparte

²⁶ Stanfield Turner, Ob. cit. página 55.

²⁷ Lend Ackland y Steven Mc Guire, Ob. cit., página 189.

²⁸ El proyecto de defensa estratégica significaba además un radical cambio en la teoría de la Destrucción Mutua Asegurada (DMA), ya que con su implementación se reducían drásticamente los daños que un ataque nuclear pudiera provocar. Precisamente, la DMA se sustentaba en la idea que era imposible destruir el potencial nuclear del adversario, razón por la cual éste de todas maneras respondería y provocaría iguales o peores daños que el atacante inicialmente.

que, al no poder implementar un sistema similar con la rapidez que se requería, la URSS se encontraba en el riesgo evidente de quedar a merced del arsenal nuclear norteamericano, considerando también que Reagan concibió la SDI como el elemento de presión más efectivo para obligar al gobierno soviético en la senda que Estados Unidos quería. "Parece difícil creer, en el actual estado de cosas, que haría (la SDI) real y totalmente invulnerables a los Estados Unidos a un ataque nuclear (por ejemplo, nada puede hacer contra los misiles de 'cruceiro' en vuelo bajo), pero la protección que puede dar a los emplazamientos de misiles y a las bases aéreas estadounidenses, y la mayor tensión sobre el presupuesto soviético de defensa para la producción de muchos más cohetes y cabezas nucleares capaces de anular el sistema SDI con la simple fuerza numérica, difícilmente pueden ser bien recibidos por el Kremlin"²⁹.

Precisamente, en esta interpretación se encuentra el comentario oficial de Yuri Andropov, quien al analizar la implementación de la SDI por parte de Estados Unidos, señalaba: "Las fuerzas ofensivas estratégicas de Estados Unidos continuarán desarrollándose a todo vapor y a lo largo de una línea bien definida, a saber, la de adquirir una capacidad de primer ataque. En estas condiciones, la intención de asegurarse la posibilidad de destruir con ayuda de defensa ABM los correspondientes sistemas estratégicos del otro bando, es decir, de incapacitarlos para lanzar un ataque de represalia, en un intento de desarmar a la Unión Soviética ante la amenaza nuclear norteamericana"³⁰.

Ahora bien, con su implementación también se podía conseguir un efecto absolutamente contrario, se podía incentivar en los soviéticos la búsqueda de la movilidad de su ojivas y con ello que centraran su esfuerzo nuclear en los misiles de cruceiro, los SLBM y los bombarderos (precisamente la estrategia que estaba proponiendo Turner para Estados Unidos)³¹, ya que con este sistema era bastante complicado, por no decir cuasi imposible, ajustar los armamentos defensivos, que significaba la SDI, para la destrucción de los mismos³².

En esta misma línea argumental se planteaban las posibilidades u opciones que tendría la Unión Soviética como para defender sus misiles, destacando en este sentido los revestimientos interiores, lanzamiento de señuelos, falsos misiles, elementos para perturbar la utilización de los espejos necesarios para reflejar el láser, nubes envolventes al momento de lanzamiento de los ICBM y la implementación de otras medidas tecnológicas perfectamente posibles en el momento: Empleo de misiles de ascenso rápido (acortan la fase de aceleración, disminuyendo con ello el tiempo de que dispondrían los sistemas defensivos de la primera línea para la destrucción de los mismos); instalar minas espaciales que se activarían segundos antes del lanzamiento en órbitas paralelas a las de las armas, los sensores o las direcciones de tiro; láseres pesados para destruir o dañar los sensores, las armas o los satélites de coordinación y comunicaciones; los propios misiles podrían adoptar sistemas defensivos pasivos (autorrotación, circuitos de refrigeración, pinturas reflectantes, e incluso pantallas protectoras exteriores disiparían el calor del impacto con los láseres); blindajes internos deformables les protegerían de las ondas de presión. Por último y como una opción desesperada, se corría un riesgo cierto de una guerra nuclear de última opción, frente al temor que pudiera provocar en la Unión Soviética la hipotética inoperancia de su arsenal nuclear estratégico³³.

Gran parte de las intervenciones que sobre política de defensa realizaba Henry Kissinger estuvieron centradas en la SDI, intervenciones en las cuales se puede apreciar una evolución en su pensamiento respecto de la misma. En septiembre de 1984, al analizar la defensa antimisiles señalaba: "Aún no he definido qué posición deberían adoptar, en definitiva, los Estados Unidos respecto al problema. Cuando lo leí por primera vez,

²⁹ Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Power: Economic Change and Military Conflict From 1500 to 2000*, Random House, 1988, 677 páginas. Traducción al castellano en Plaza Janés Editores por J. Aleu, Barcelona, 1989, página 611.

³⁰ Citado por Lend Ackland y Steven Mc Guire, *Ob cit.*, página 189.

³¹ La correlación de poder nuclear, misiles de carácter estratégico, existente al año 1984 era la siguiente: U.S. Department of Defense, "Soviet military Power", 1984. WDC, 1984, páginas. 24-26.

Total de unidades armamento estratégico

Armamento	EE.UU.	URSS
En ICBM	1.023	1.398
En SLBM	690	967
En bombarderos (Largo alcance)	297	300

³² Los SLBM o misiles lanzados desde submarinos sólo necesitan diez minutos para desarrollar su vuelo total, mientras que un ICBM lo hace en media hora.

³³ Respecto de la política militar de la URSS y sus implicancias en la relación con EE.UU., véase: Heaspring, Dale, "Política militar soviética", *Problemas Internacionales, US Information Agency, United States of America*, Washington DC, V. XXXV, 1986, páginas 94-98. Además, Hedlin, Myron, "La línea de Moscú sobre control de armas", *Problemas Internacionales, US Information Agency, United States of America*, Washington DC, N° 5, 1984, páginas 19-36.

no me entusiasmó nada el discurso del Presidente Reagan sobre la 'guerra de las galaxias'. Como uno de los arquitectos del tratado ABM existente, instintivamente me resistí a la proposición de que fuera modificado. También una sólida defensa de la población civil —que parece implícita en el discurso— es un espejismo. Incluso, si se lograra una defensa efectiva en el noventa por ciento, se dejaría una brecha que permitiera el paso de armas suficientes para destruir una proporción inaceptable de la población norteamericana”³⁴. Pero, finalmente, él reconoce las bondades defensivas del sistema propuesto, especialmente cuando se considera la posibilidad de prestar una defensa adecuada al sistema balístico intercontinental norteamericano. “Una defensa de la población civil tendría que ser efectiva casi en el ciento por ciento, mientras que una defensa que proteja aunque sea el cincuenta por ciento de las bases aéreas y de misiles terrestres, significaría un aumento considerable de la disuasión. El incentivo a asestar el primer golpe se reduciría —quizás decisivamente— si un agresor supiera que la mitad de los ICBM contrarios sobreviviría a cualquier ataque previsible”³⁵.

Así, para Kissinger, la Iniciativa de Defensa Estratégica se había transformado en una variable importante en la política de control de armamentos y, en su concepto, Estados Unidos sólo debía desistir del proyecto si los resultados en la mencionada política eran verdaderamente efectivos. A fines de 1986 Kissinger señalaba: “Si abandonan la Guerra de las Galaxias sería una gran desgracia dependiendo, por supuesto, de la importancia que uno le da. Muchos de sus opositores afirman que no es más que un sueño, aunque no pueden explicar, en forma razonable, la causa del interés soviético por destruir un proyecto inútil. Pero hay muchos motivos importantes incluidos en la Defensa Estratégica. Además de ofrecer completa seguridad a la población: colocar los cálculos de una potencia agresora; una defensa en contra de los ataques de otros países; un escudo protector en contra del chantaje nuclear; una protección para fuerzas de un contraataque. Sobre todo no puedo creer que un pueblo democrático sea capaz de sostener en forma indefinida una política defensiva que basa su seguridad en su capacidad de aniquilamiento total y que no hace ningún esfuerzo para defender su población”³⁶. El persiste en la línea trazada por el Tratado SALT I, negociar con la Unión Soviética una coexistencia pacífica, estrategia visualizada como una obligación para con el pueblo norteamericano y para con los aliados de Estados Unidos. El tema no era secundario, ya que un hipotético acuerdo de desarme o limitación en armamento estratégico haría pasar al primer plano el rol de los armamentos convencionales, variable que no estuvo ausente en el diagnóstico republicano y en las diversas propuestas sobre limitación de armamentos desarrolladas en el período.

Para el especialista en armas nucleares Michael Mandelbaum³⁷ era loable la aspiración de Reagan por privilegiar la defensa pero su duda era la factibilidad de lograr un sistema que la garantizara plenamente. “El presidente Reagan ha negado la tercera característica básica de las disposiciones nucleares mundiales: el problema de la ofensiva. El ha pedido un programa de investigación y desarrollo para producir y aplicar un sistema de defensa contra ataques que hiciese ‘impotentes y caducas’ las armas nucleares. Ha dado una voz oficial a la aspiración de librar al mundo, si no de armas nucleares, por lo menos de los peligros que plantean. Esta aspiración es comprensible. Un mundo en que las Fuerzas Armadas desempeñen su tarea tradicional de defender a la ciudadanía rechazando ataques enemigos sería preferible, por mucho, al mundo actual, en que la defensa de ambas grandes potencias se basa en la amenaza de aniquilar o de desvanecer a millones de civiles —lo que sigue siendo el resultado posible, tal vez probable, de un intercambio nuclear, aun si no se amenaza con él explícitamente— como respuesta a un ataque nuclear en que un número comparable de personas hubiesen sido masacradas de la misma manera”³⁸.

Precisamente, la posición de Paul Kennedy se insertaba entre quienes consideran difícil la posibilidad de levantar un sistema defensivo contra armas estratégicas que permitiese una protección completa. “A pesar de todos los debates sobre las ventajas de oportunidad y las posibilidades de que un bando o el otro tengan una capacidad de golpear primero, está claro que ni Washington ni Moscú poseen ninguna garantía de que podrían aniquilar a su rival sin la probabilidad de sufrir también una devastación, y el advenimiento de una tecnología de guerras estelares no alteraría significativamente aquel hecho. En particular, la posesión por cada bando de un gran número de misiles balísticos de lanzamiento submarino, situado en embarcaciones subacuáticas difi-

³⁴ “Defensa antimisiles. Un enfoque positivo”, *Ercilla*, 26 de septiembre de 1984, página 54.

³⁵ *Ibid.*

³⁶ “¿Qué debe hacer USA?”, *Qué Pasa*, N° 810, octubre de 1986, página 37.

³⁷ Entre las obras más conocidas de Mandelbaum se destacan, *The Nuclear Question: The United States and Nuclear Wapopne, 1946-1976*, Nueva York, Cambridge University Press, 1979; también, *The Nuclear Revolution: International Politics before and after Hiroshima*, Nueva York, Cambridge University Press, 1981; por último, *The nuclear Future*, Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 1983.

³⁸ Len Ackland y Steven Mc Guire, *Ob. cit.*, página 304.

ciles de detectar, hace inconcebible que uno de los contendientes presuma que podría anular de repente toda la capacidad de armas nucleares de su enemigo”⁹⁹.

A MODO DE CONCLUSION

A fin de cuentas, las discrepancias entre demócratas y republicanos respecto de la Iniciativa de Defensa Estratégica giraban en torno de la efectividad tecnológica de la misma, los costos financieros involucrados y las contraestrategias que se podían utilizar en su contra. Para los demócratas, en un tema de tal envergadura había que actuar con cautela y señalaban como necesarias las investigaciones tendientes al desarrollo de sistemas antimisiles con base en tierra, aunque no podemos dejar de pensar que dicha cautela más bien se relacionaba con su condición de opositores y con la evidente imposibilidad de manejar más directamente la política de defensa. En su beneficio, podemos señalar que dichas pruebas ya se habían desarrollado, y con efectividad, en junio de 1984 cuando desde el Pacífico se destruyó un misil lanzado desde la Base Aérea de Vandenberg, aunque ello no podía garantizar la rapidez necesaria, por ejemplo, para neutralizar ataques con submarinos soviéticos cerca de la costa norteamericana.

Nos parece que la modificación impulsada por Reagan en la carrera de armamentos, al privilegiar la estrategia defensiva (en la versión oficial estadounidense) implícita en la SDI, permitió orientar la competencia con la Unión Soviética en un área que presentaba desventajas para ella. A pesar que la SDI era un proyecto, la sola posibilidad de su adopción oficial por parte de Estados Unidos hacía que la URSS no pudiera permanecer impávida frente al nuevo esquema; la estrategia se perfilaba como una variable que le permitía al gobierno estadounidense recuperar la iniciativa ante la Unión Soviética, por ello consideramos que Reagan, en esta materia, una vez más demostró osadía y firmeza en sus convicciones.

Lo que todavía no parecía claro en los ochenta era el radical cambio que necesariamente significaría en las medidas de seguridad internacional la implementación de un sistema de protección antimisiles y dieciocho años más tarde la profundización de la estrategia de defensa estadounidense en función de la priorización de un escudo antimisiles, realizada por el Presidente George W. Bush en mayo de 2001, así lo indicaba.

⁹⁹ Paul Kennedy, Ob. cit., página 615.